**El mago que buceaba al otro lado del mundo**

*Teresa Hernández*

Quiero agradecer a mi amigo Pablo Hernán Di Marco su ayuda al ayudarme a escribir en “argentino” los diálogos en los que aparecen personajes porteños.

Para mi hermana, a la que tanto debo.

**Capítulo I**

La víspera de su vigésimo octavo cumpleaños, Ángela Rodriguez-Mayoralas sabía que en su casa esperaban: Una asesora de imagen, dos maquilladoras, una peluquera acompañada de una aprendiz del arte del peine, una modista, un organizador de eventos, un sacerdote, dos niñas con sus respectivas madres, una soprano, un gourmet, dos fotógrafos y algunas personas más cuyas ocupaciones ignoraba.

Al día siguiente protagonizaría la boda del año. Todo se había planeado con un cuidado exquisito para que el azar no actuara a su antojo. Se habían contratado los mejores servicios de hostelería, cuidado con esmero la decoración de la iglesia, diseñado un traje a su medida que multiplicaba su atractivo natural por diez y se había estudiado el pronóstico del tiempo con tres meses de alteración por conexión directa con la flota estadounidense, que proporcionaba la información meteorológica de más calidad, para garantizar que el día elegido fuera soleado; aun así, su madre había donado docenas de huevos al convento de Santa Clara para que las monjas intercedieran con el altísimo y alejara las nubes. Todo estaba preparado. Un ensayo general con los atrezos al completo y la representación del día siguiente resultaría perfecta.

La joven caminaba pensativa en dirección a su casa. No entendía cómo la situación se le había ido de las manos de aquella manera. En menos de veinticuatro horas, contraería matrimonio con uno de los solteros más codiciados del país. D. Eduardo Ponce de León y Madariaga era, a sus treinta y ocho años, un hombre elegante e inteligente cuyo atractivo iba más allá del que le otorgaba su dinero o su linaje. Dicho caballero tenía un don especial para las relaciones humanas y su aristocrática familia nunca dudó de que debiera dirigir sus pasos hacia la carrera diplomática. Después de licenciarse en la Facultad de Derecho, superó sin problemas el proceso selectivo de acceso a la escuela. Pasó por ella como un tornado y arrasó el terreno en el que sus compañeros se movían con más o menos seguridad para culminar su formación con notas brillantes.

La relación sentimental que Eduardo mantuvo durante más de una década con la andaluza Magdalena Alvarez-Matesanz, la mayor de las hijas de un terrateniente cordobés, no había sido impuesta, pero casi. Ambas familias no esperaban menos de sus vástagos que un compromiso con un personaje de su misma alcurnia y abolengo que a la vez garantizara la no dispersión de los intereses familiares. Al principio no resultó del todo mal, la chica era mona y él un figurín, pero no tardaron en darse cuenta de que sus intereses distaban diametralmente. De forma tácita, decidieron prolongar la relación con tal de no desencadenar la debacle familiar que se preveía, aunque el final resultaba inevitable. Fue él quien decidió terminar con la comedia y romper con una situación que en realidad no era tan grave; un compromiso matrimonial no tenía el alcance de un divorcio, por lo que sus parientes religiosos podían dormir tranquilos. El cardenal Ponce de León, perteneciente a la curia vaticana, su hermano el obispo Luís Ponce de león, miembro permanente de la conferencia episcopal y Sor María Antonia Madariaga, priora de convento de las Descalzas, no tendrían que cargar sobre sus espaldas con la historia de un sobrino díscolo que alteraba el orden de los sacramentos. A pesar de todo, la presión familiar era excesiva y vivir lejos le libraría de ella de forma elegante. Como número uno de su promoción podía elegir un destino cómodo en alguno de los consulados europeos, pero prefirió dar un giro a su vida y alejarse de los amarres convencionalistas que le imponía su rango social. Sri Lanka estaba los suficientemente lejos y no lo dudó dos veces. El consulado de España en Colombo, dependiente de la embajada India de Nueva Delhi era su lugar.

Y allá se fue.

Ángela le conoció un año después durante unas jornadas organizadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores sobre diplomacia pública y política exterior. En el bolsillo tenía un recién estrenado título de periodista y cubría el acto aprovechando la oportunidad que cierto boletín le ofreció para realizar prácticas con ellos. Se tomó en serio un trabajo que era pura rutina y se metió en el papel de reportera con aguijón para pinchar con él a los asistentes y conseguir declaraciones sustanciosas que destacaran sobre las respuestas anodinas y corteses que aquellos profesionales de la diplomacia estaban acostumbrados a dar. Era un ambiente un tanto hostil para ella porque no acostumbraba a visitar lugares tan refinados, su vida hasta ese día había transcurrido de forma convencional para una joven de clase media de los años noventa: estudios y amigos combinados con altas dosis de diversión. Después de un intercambio fugaz de frases con los asistentes para cumplir el expediente, tomó una copa de una bandeja que se le acercó con piernas de camarero, la bebió de un trago y se retiró de escena buscando un banco alejado del jardín donde hizo acopio del material que había reunido.

Estaba decepcionada mientras escribía una nota preliminar antes de dar por finalizada su visita cuando el refinado Eduardo se sentó a su lado. Había reparado en ella desde que entró en escena y la había escudriñado a conciencia cuando se movía entre los asistentes con el block en la mano. Le gustó su expresión de comerse el mundo, su nariz respingona que desafiaba la ley de la gravedad y su cabello corto y brillante, pero sobre todo sus extraordinarios ojos color verde oliva. Por el contrario, ella no se había fijado en él y no porque le faltara atractivo al hombre, era solo que tenía sus cinco sentidos fijos en la tarea que la había llevado al lugar. Por eso le molestó que se pusiera a su lado en plan moscardón cuando ya daba su trabajo por terminado. Entonces ella no sabía que estaba frente al embajador de España en Sry Lanka ni que era heredero de una fortuna considerable e incluso de un título, ella no lo distinguía de los ligones de segunda categoría a los que acostumbraba a despachar los sábados por la noche. Si no le mandó con viento fresco fue porque la categoría del evento le obligaba a mantener la compostura.

Contra todo pronóstico, su admirador resultó ser un auténtico chollo. Adivinó cuál era su problema y lo solventó con creces. Le proporcionó una entrevista en exclusiva en la que incluyó algún chascarrillo sin importancia, pero jugoso y dotó a la conversación de un tono de camaradería que era ficticio, pero parecía real. Ángela no pudo rechazar su invitación para cenar al día siguiente ni el libro de poemas de Gótama Rishi, uno de los siete sabios creadores de los mantras de los textos sánscritos Vedas que le llevó de regalo; tampoco pudo evitar enamorarse de él.

Todo transcurrió demasiado rápido. Fue una relación corta, de poco más de un año, pero intensa durante la que ambos viajaron miles de kilómetros para reunirse apenas unas horas. Ángela visitó la casa de Colombo y Eduardo conoció la de los padres de ella en Mallorca, aunque la mayoría de las veces quedaban a mitad de camino en una ciudad que ambos adoraban: Berlín.

La familia de Eduardo no veía con buenos ojos su relación con una joven que poco podía ofrecer, aparte de un apellido compuesto digno, que no venía como consecuencia de una cuna alta si no de un error administrativo ocurrido tres generaciones atrás a la hora de la inscripción en el registro civil de su abuelo paterno. Sin embargo, poco podía hacer por evitar el noviazgo de Eduardo, aparte de imponer al embajador la normativa por la que se había regido el clan desde tiempos inmemoriales: cumplir con el santo sacramento, casarse como Dios manda y convertir la ceremonia en un acontecimiento social digno de un príncipe para callar las voces que pronosticaban el declive de la fortuna familiar.

La chica no era amante de los convencionalismos, pero era consciente de que su relación conllevaba acatar ciertos cánones y un bodorrio por todo lo alto estaba entre ellos. Por suerte, su vida iba a transcurrir lejos de la parafernalia que los rodeaba en España. Su novio tenía tablas y había sabido manejar bien el tema para mantener las formas sin incluirse en ellas. Abandonar su tierra de nacimiento no suponía un problema para Ángela, se consideraba una ciudadana del mundo y viajar era una de sus aficiones favoritas. Era cierto que se veía obligada a abandonar su profesión, pero no estaría mano sobre mano. Aparte de los actos oficiales de la embajada India que atendería en su condición de consorte y que eran continuos, aceptó la propuesta de encargarse del programa de diplomacia social del consulado de Sri Lanka, que tenía como objetivo difundir la cultura y el arte español en aquella lejana tierra mediante la organización de eventos, como conferencias o exposiciones. Así, tendría un papel importante que desempeñar. Además, existía un factor al que intentaba no dar demasiada importancia, pero estaba ahí: la vida glamurosa de los diplomáticos le llamaba la atención más de lo que estaba dispuesta a admitir. La elegancia, el saber estar y la educación del entorno le encantaba, incluso sabiendo que se trataba de una fachada que podía ocultar cualquier cosa.

Ángela se sentía la heroína de una novela romántica. Iba a comenzar una vida junto al hombre que amaba en un lugar lejano, pero la boda y sus preparativos la sobrepasaban. El programa creció como una bola de nieve y alcanzó una magnitud inmanejable con más de mil invitados. Se esperaban representantes de los cinco continentes, de lugares que ni siquiera estaba segura de saber ubicar en el globo terráqueo, pijos redomados, medios de comunicación para cubrir la noticia en la prensa rosa, un banquete de impresión en la finca de caza que la familia poseía próxima a Madrid, niños cantores, damas elegantes, caballeros de modales exquisitos... Y en el centro de todas las miradas estaría ella escudriñada por todos con lupa. Cualquier error, un simple tropiezo con la cola del traje o una tos a destiempo, trascendería como si hubiera cometido un crimen. Quizás estuviera exagerando, pero en el momento de abrir la puerta de su casa se sintió desfallecer, temía no ser capaz de enfrentarse al día siguiente. Sin Eduardo al lado se notaba insegura. Para él resultaba sencillo, un puro trámite que debía cumplir antes de sumergirse en la que era su vida real, pero para ella suponía una fosa sin fondo y cuando giró la llave en la cerradura, cayó presa de un ataque de pánico. La soltó como si abrasara y retrocedió por la escalera bajando los peldaños de dos en dos, igual que si la hubiera perseguido el diablo. Era tal su carrera al llegar a la planta baja que la inercia le impidió parar cuando se abrió la puerta del ascensor y literalmente arrolló al joven que salía de él en aquel momento.

—Lo siento mucho. Perdona, no te vi.

Le ayudó a levantar del suelo mientras se disculpaba. Era un adolescente y el golpe parecía haberle aturdido.

—En esta casa todos se han vuelto locos... Pero, ¿dónde ibas a esa velocidad? ¡Ni que hubieras visto un espíritu!

—Los espíritus no existen.

—Que te crees tú eso. Y los fantasmas también.

Ángela se apresuró a salir. El portero se acercaba y prefería no tropezarse con él. Era cotilla por naturaleza y porque era el papel que le correspondía por su profesión. Seguro que preguntaba algo que no tenía ganas de contestar. Empujó al chaval hacia la calle.

—¿Por qué dices eso?

—El cuarto piso está lleno de ellos, sin ir más lejos. Tenías que ver el número que están montando para una boda.

—Quizá no les quede más remedio que hacerlo así.

—¡Anda, venga! ¿Te puedes creer que han pedido tres ramos idénticos a la floristería para asegurarse de que el cuarto, el que llevará ella mañana, también será igual? Ahí los he dejado, buscando las siete diferencias.

—¿Trabajas en la floristería?

—Más o menos. Les hago recados para sacarme unas pelas.

Cruzaron parejos la calle. Ángela cabizbaja y el chico silbando entre dientes. ÉL sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la cazadora.

—¿Quieres?

—No fumo. Gracias.

Por un instante permanecieron parados uno frente al otro. El chico era alto, le sacaba a ella la cabeza y delgado como un junco. En las mejillas tenía algunas marcas de acné. Encendió el cigarrillo y se despidió.

—Me piro.

Ángela tenía miedo de quedarse sola y le agarró por la manga.

—Espera un momento. Te invito a un café.

—No tomo café.

Buscó en su mochila algo con lo que retenerle. Allí había algo que podía ser interesante para él.

—¿Y comes pipas? ¿Qué tal si nos sentamos en aquel banco?

Se habían alejado un poco de la vivienda y se encontraban cerca de una plaza ajardinada, allí jugaban algunos críos que habían salido del colegio. El chico se encogió de hombros y la siguió. Se sentó sobre el respaldo de un banco y abrió la mano para recoger el puñado de pipas que ella le ofrecía. Ángela se vio obligada a hacer lo mismo para estar a su altura. Se mantuvieron en silencio durante unos minutos, pelando los frutos secos y tirando las cáscaras al suelo. El pensamiento de ella deambulaba errante sin centrarse en nada concreto. Allí, rodeada de críos chillando, vestida con unos vaqueros gastados y calzada con unas deportivas era una persona anónima que distaba mucho de la mujer en la que se convertiría al día siguiente. Era posible que no volviera a ensuciar el suelo en su vida de forma deliberada.

La voz ronca del chico la sacó de su ensimismamiento.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué supones que me pasa algo?

—Verás, no hay que ser demasiado observador. No pelas las pipas. Las muerdes y las tiras al suelo o te las tragas con cáscara.

Le mostró el aspecto del pavimento.

—A mí me gustan las pipas con cáscara.

—Ya.

Cuando él acabó su ración de pipas, sacó una baraja del bolsillo de la cazadora y comenzó a revolver los naipes. Ángela abrió los ojos como platos y preguntó con timidez:

—¿Eres un mago?

—Quizá. ¿Cómo te llamas?

—Ángela, ¿Y tú?

—Juan. Elige un naipe y firma con tu nombre bien claro en él. Yo voy a hacer lo mismo en otro. Procura que no lo vea o será demasiado fácil para mí. Después guárdate la carta.

Una sonrisa tonta se instaló en el rostro de ella. Siempre le habían gustado los trucos de magia. Tomó el bolígrafo que le ofrecía y escribió su nombre añadiendo la rúbrica en el cinco de corazones, después la introdujo en el bolsillo trasero de su pantalón. El joven mago hizo lo mismo, pero metió su carta en la cazadora, después extendió el resto de la baraja sobre la madera del banco.

—Concéntrate en tu carta.

Ángela pensó en su cinco de corazones y él simuló entrar en trance. Tras unos instantes recuperó su estado y comentó con serenidad.

—Tu carta es el as de picas.

—Vaya, lo siento. Me temo que te has confundido.

—Y yo me temo que eres una desmemoriada. Te lo puedo demostrar.

Ángela rio con ganas. Le gustaba aquel juego y también la seriedad del chico que pretendía imitar a un profesional.

—¿Y cómo lo vas a demostrar?

—Mostrándote la carta que has firmado. La tengo yo.

Sin más preámbulo, se llevó la mano al bolsillo y sacó un as de picas rubricado por ella. Continuó hablando aprovechando la sorpresa de ella.

—Fui yo quien firmé el cinco de corazones. Lo puedes confirmar tú misma mirando la carta que tienes guardada en el bolsillo del pantalón.

Ángela se llevó la mano y extrajo la cartulina. Antes de voltearla sabía qué se encontraría: el cinco de corazones con un nombre y un garabato en la esquina superior derecha que no era el suyo. Su asombro era máximo.

—Puedes cerrar la boca.

—¿Cómo diablos has hecho eso?

—¿Sabes guardar un secreto?

—Por supuesto.

—Yo también. Me quedaré tu carta de recuerdo.

—¡No seas cruel! Necesito saberlo.

—De eso nada, corazón.

—No has podido meterme la mano en el bolsillo del pantalón.

—Aunque doy por seguro que te hubiera encantado...

Ángela explotó en una carcajada. Notaba que la tensión que llevaba acumulada se liberaba. No insistió más, por mucho que le picara la curiosidad, sabía que un mago jamás descubre sus trucos.

—Me piro.

—Oye, espera un poco. ¿Acaso tienes prisa?

—Claro, aún tengo que hacer un par de entregas de la floristería.

—Seguro que no son importantes.

—Para mí en absoluto, pero necesito la pasta para sobrevivir al finde.

Se levantó decidido a marcharse, pero la expresión de ella le frenó. Parecía abatida y le propuso algo.

—Oye, se me ocurre algo mejor. Te invito mañana a patinar. ¿Quedamos aquí a las seis de la tarde?

Sin duda era un buen plan, lástima que la propuesta viniera de un chaval y justo el día de su boda. Desde que conoció al que sería su esposo, Ángela se había movido en ambientes elitistas y casi había olvidado sus salidas los fines de semana con los bolsillos vacíos en los que solía acabar ebria. Su primera juventud ya había pasado para ella y le resultó curioso que él no se hubiera percatado de ello.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

—Eso es lo que tú quisieras.

—Mejor que se lo plantees a alguien de tu edad.

—A mí tu edad me da exactamente lo mismo.

La verdad es que el chico era una buena pieza y tenía labia, seguro que no se le daba mal lo del ligoteo. Por un instante se imaginó patinando junto a aquel joven vestida con el traje de novia. ¡Qué idea más absurda!

—Mucho me temo que es imposible.

—A estas alturas ya deberías saber que a mi lado nada es imposible. Vamos a ver, ¿qué cosa tan importante tienes que hacer mañana que te impide venir conmigo a patinar?

No tenía sentido disimular. El juego ya había acabado. También ella era capaz de sorprenderle.

—Verás, justo a esa hora estaré en la iglesia de San Francisco el Grande en una boda. La mía.

Juan sacudió la cabeza para asegurarse de que había entendido bien. Era un chico de mente despierta y ató cabos rápidamente.

—Entonces tú eres la de los tres ramos iguales.

Ángela asintió pesarosa.

—Te aseguro que no fue idea mía.

El chico soltó un silbidito y se giró para marcharse, pero apenas hubo dado un paso se volvió de nuevo.

—¿Oye, por qué te casas?

Nadie le había preguntado eso y se sintió tan desconcertada que dudó la respuesta. Cuando se le ocurrió algo que decir, no sonó en absoluto convincente.

—Porque le quiero. Creo que es el hombre de mi vida.

—¿Sólo lo crees?

—Comprenderás que es algo difícil tener la seguridad de algo así.

Juan se llevó las manos a la cabeza como muestra de alarma. Parecía que algún interruptor se había activado en su interior y le había dotado de una actividad imposible de contener. Paseó en círculos alrededor de ella. Las palabras le llenaron la boca y los ojos le brillaron para enfatizar su discurso. Se acercó a ella en actitud amenazante, tanto que distinguió perfectamente su perfume. Tenía almizcle, seguro, un aroma que le mareaba. Sacudió la cabeza e inició su perorata de forma atropellada.

—¿Qué me estás contando? Cuando amas a alguien lo sabes porque el cerebro no deja de martillearte. Es una enfermedad que duele, pero no deseas que cese. Es una idea permanente que no te deja dormir, ni comer, ni siquiera disfrutar de la vida. El otro lo es todo, las luces y las sombras, el calor y el frío; la solución y la causa de tus males.

La estaba mareando y tuvo que sujetarle para que cesara la danza alrededor suyo, sin embargo, no consiguió que cerrara el pico.

—Yo hablo de amor, no de bodas. Del deseo de celebrar juntos orgías sin fin que no se inician por la noche ni acaban de madrugada, de compartir silencios y gritos, tristezas y alegrías; de que la ausencia del otro te desgarre las entrañas. ¿Acaso sientes así?

—No. ¿Y tú? ¿Cuántas veces te has sentido así?

—Ninguna, pero tengo la certeza de que si es de otra forma, no merece la pena.

—Pues que sepas que no tiene que ser como tú dices.

—¿En serio? ¿Y él?

—¿Él, qué?

—¿Qué está haciendo ahora?

—Supongo que ultimando los detalles de la boda.

—¿Eso es más importante que hacerte el amor?

—Tendremos tiempo a partir de mañana. Ahora no es el momento.

—A mí no se me ocurre un momento mejor, pero ya veo que prefiere verte vestida de blanco que desnuda.

Ángela iba a replicar algo, pero las palabras congelaron su boca. De repente volvió a la realidad del momento. Debía volver a su casa de inmediato o no tendría tiempo material para concluir los últimos toques de la ceremonia. No entendía qué hacía allí charlando con aquel imberbe que pronunciaba en voz alta lo que su sentido común mantenía callado. Ella solo deseaba que el bodorrio acabara pronto para marcharse lejos y empezar una vida nueva. Sin apenas darse cuenta comenzó a justificar su conducta.

—Es complicado. Mi futuro marido pertenece a una familia que le exige esta parafernalia. Pero no durará mucho, después nos iremos lejos a vivir. Nada menos que a Sri Lanka y allí su círculo social no nos afectará.

El chico soltó un silbido y se metió las manos en los bolsillos de la cazadora. Cuando respondió lo hizo muy lentamente, como hablando para sus adentros.

—Has dado un buen braguetazo.

Ella se removió molesta.

—Puede parecerlo y estoy convencida de que algunos lo creen, pero no se trata de eso. Nosotros nos amamos sinceramente. Además, no voy a estar brazo sobre brazo, voy a ser la encargada del programa de diplomacia social del consulado, una de las tareas que tienen nuestras instituciones en el extranjero.

—Ya veo. Un trabajo duro.

—Un trabajo diferente. Verás, parece que un diplomático forma parte de un mundo al que no tiene acceso el común de los mortales, un mundo frívolo de lujo e intrigas, de misterio y exotismo, pero eso es una leyenda. Ser diplomático otorga prestigio social, verdad, pero en realidad no se trata sino de un cuerpo más del Estado que ejecuta las directivas del gobierno fuera del país.

Juan no dio muestras de haberse dejado impresionar y continuó hablando para sí mismo.

—Sri Lanka... El otro lado del mundo.

—Sí, es un sitio fascinante. ¿Sabes que significa “La Isla Sagrada”? Era el lugar preferido de Buda. Allí se guarda la reliquia más sagrada del budismo: uno de sus dientes.

—¿Un diente de leche?

—¡No sé si de la primera o segunda dentición! ¿Qué más da?

Ni caso. La mujer chasqueó los dedos ante él para hacerle reaccionar. Y lo hizo como despertando de un trance inducido por un mentalista.

—Me encantaría viajar a lugares lejanos, pero jamás pagando tu precio.

Ángela lo dejó por imposible. Era hora de marchar.

—Tengo que irme. Las peluqueras están en casa, tienen que teñirme el pelo y hacerme la prueba final del peinado.

La miró estupefacto.

—¿Te tiñes el pelo?

—No me queda otro remedio. Tengo un montón de canas. Es algo de familia. Mi abuela tiene el pelo blanco desde los treinta y cinco.

—Ya. Mi padre es calvo desde los veinte y me temo que yo no conservaré mi pelo mucho más tiempo que él.

Los dos estallaron en risas. De nuevo entre ellos se instaló un ambiente distendido. Aproximaron sus mejillas para despedirse, pero justo antes de hacerlo ella separó la cara bruscamente. Sus ojos verdes irradiaron luz, parecía haber tenido una idea grandiosa.

—Oye, ¿Por qué no vienes a mi boda mañana?

—Me temo que la tensión te ha vuelto loca.

Le presionó el antebrazo para convencerle.

—Lo digo en serio. Te lo pido por favor, ven a la boda.

—Nadie me ha invitado.

—¡Lo estoy haciendo yo ahora!

—No te conozco.

—Te aseguro que te conozco mucho más que a la mayoría de los invitados. Prometo hacerte caso, no te sentirás aislado. Le diré a mi hermano que se siente a tu lado.

—No.

—Por favor, por favor. Tienes que venir.

El chico la agarró por ambos brazos algo irritado. Cada vez estaba más convencido de que aquella chica no regía bien.

—Escúchame bien: he dicho que no. No tiene ningún sentido. No pinto nada allí, no sé quién eres y las bodas me aburren de forma soberana; no te digo más, si son de alto copetín.

―¡Oh, vamos! Puede ser divertido. Prometo bailar contigo.

―No me hagas reír. ¿Y qué se supone que bailaremos?, ¿un vals?

―Lo que quieras, te dejo elegir.

―Yo no bailo. Creo que los nervios te han derretido el cerebro.

Sus palabras la escocieron. Tenía razón. Avergonzada, Ángela bajó la mirada al suelo y se disculpó. Estaba histérica, pero debía controlar esos arrebatos. Le acarició la mejilla a modo de despedida y le sonrió tímidamente.

—Tienes razón. Perdona si te he molestado.

—No me has molestado. Ha sido divertido. Espero que tengas suerte en tu largo viaje.

—Yo también te deseo lo mejor.

Se giraron para tomar un camino diferente cada uno, el que sería el suyo. Apenas habían dado dos pasos, el chico la llamó en voz alta.

―¡Si al menos me hubieras propuesto un tango…!

Ambos estallaron en una carcajada, pero permanecieron en su lugar, sin acercarse. Se encontraban a una distancia a la que precisaban hablar alto para entenderse, aun así él se excedió en el tono.

—¡Oye, te propongo algo mejor que bailar!, ¿te gustaría hacer el amor conmigo?

Alguno de los viandantes los miró divertido. Notó que el rubor le invadía las mejillas y no le quedó más remedio que acercarse a él para evitar hacer pública su respuesta.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién es el loco ahora? ¿Acaso no te has enterado de que me caso mañana?

—Perfectamente, pero eso no responde a mi pregunta.

Le tomó la mano y la presionó ligeramente, luego las separaron lentamente para sentir el roce de sus palmas, sus dedos y al final las yemas.

Ninguno de los dos volvió la mirada ya.